



SECCION AUREA



AÑO I NUMERO I

PUBLICACION DE LA FUNDACION ARTES VISUALES

DICIEMBRE 1990



Cuando el barrio se une con el universo



Nuestra obligación es proteger sus colores.

OFFSET CONGRESO S. A.
F O T O C R O M O S

Yapeyú 928 - CP 1216, Buenos Aires, Argentina - Tel. 93-1570 / 97-5228





NUMERO I

SECCION AUREA

DIRECTOR

Hermenegildo Sábat

COLABORADORES

Claude Benezit

Daniel Chirom

John Fernandes

CACHO GUALCO

Miguel Angel Ghilino

Alejandro Muñoz

Elenio Pico

Juan Pablo Ribeiro

Alfredo Sábat

Rafael Sábat

Eduardo Stupía

Angel Eduardo Bing

Sección Aurea

es editada

trimestralmente por la

Fundación

Artes Visuales.

Defensa 850

1065 Capital Federal

Argentina

☎ 362-5802

IMPRESION

Artes Gráficas

Aconcagua S.A.

PAPEL

Copagra S.A.

SEPARACIONES DE COLOR

Offset Congreso

TIPOGRAFIA

Photo Lettering

PROXIMO NUMERO



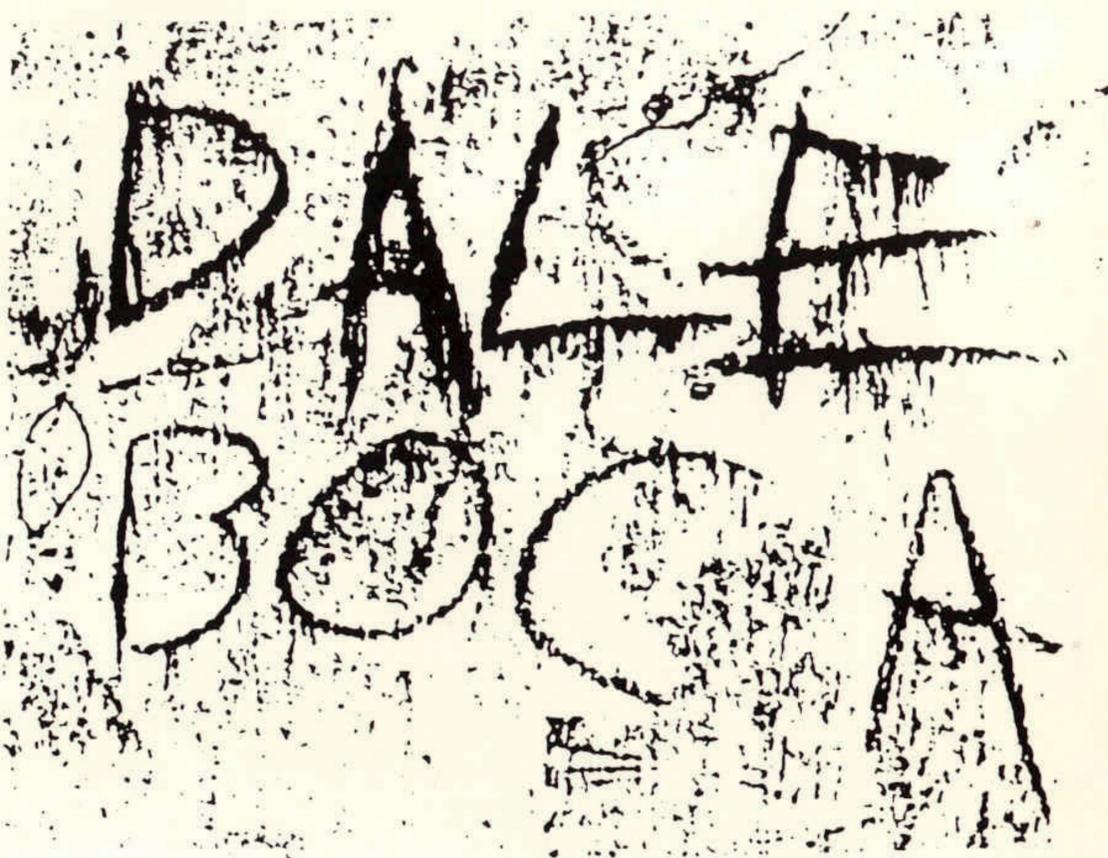
MADRE MARIA

DIFUNTA CORREA

Y

COMPAÑÍA

CARTA DEL EDITOR



La enseñanza de las artes visuales no tendría nada de original si no fuese porque está maltratada y sometida a la terca voluntad de eternos aspirantes. Hace pocos años diversas experiencias confirmaron que resulta prácticamente imposible avanzar interiormente si se concurre con ánimo de aprender al taller de un pintor (o de un escultor, etc.). Las obras que descansan en esos ámbitos invaden a los visitantes y viceversa. Resulta complicado, de otro modo, generar un espacio impersonal. No todos están en condiciones de acceder a un local específico para la enseñanza. Algunos no renunciarían a abandonar su propio lugar de trabajo; ensimismados con su propia obra pretenden que los demás no sólo gusten de ella sino que se mimeticen con obra y cuerpo, lo cual, a veces, es incómodo. La crisis, que no es reciente, alienta además ansiedades que no obtendrán respuesta, mientras se gastan palabras respetables (creatividad, genio) para aturdir sus significados y multiplicar confusiones.

El Taller de Artes Visuales no ha encontrado verdades reveladas. Está al tanto de las limitaciones imperantes y de las propias; descontando que la labor de iniciación didáctica no es, no puede y no debería ser lucrativa, se transformó en la Fundación de Artes Visuales, cuya labor no es única pero sí solitaria. Su continuidad ha permitido que algunos adviertan nuestras intenciones. Un argentino residente en Stuttgart, Rafael Steinhauser, persuadió a la firma Talens para que enviase un robusto paquete lleno de óleos Rembrandt; la Fábrica Nacional de Papel de Uruguay hizo una donación de pesadas resmas de un bello papel con el cual se encuadernan blocks que usan los alumnos; la firma Total-Austral, de Francia, otorgó una importante donación en efectivo sabiendo que no nos dedicamos a la actividad petrolera. La Fundación Argentina hizo lo mismo sabiendo que no tenemos laboratorio.

Difundir tanto las actividades del Taller como de la Fundación será una de las posibilidades que se concretan con la publicación de Sección Aurea. Una tranquilidad que confiamos no será transitoria: desde ahora no recurriremos a pedidos o ruegos para que se difundan nuestras actividades en medios amigos. Como está a la vista, cada edición será dedicada a un solo tema, que expondremos sin agotarlo, pues no queremos ni deseamos lo mismo con quienes nos lean. La revista no pretende ocupar espacios ajenos, no se involucrará en la coyuntura y aspira únicamente a no ser efímera. A Don Luca Pacioli le debe haber costado mucho menos obtener la fórmula de la sección aurea.

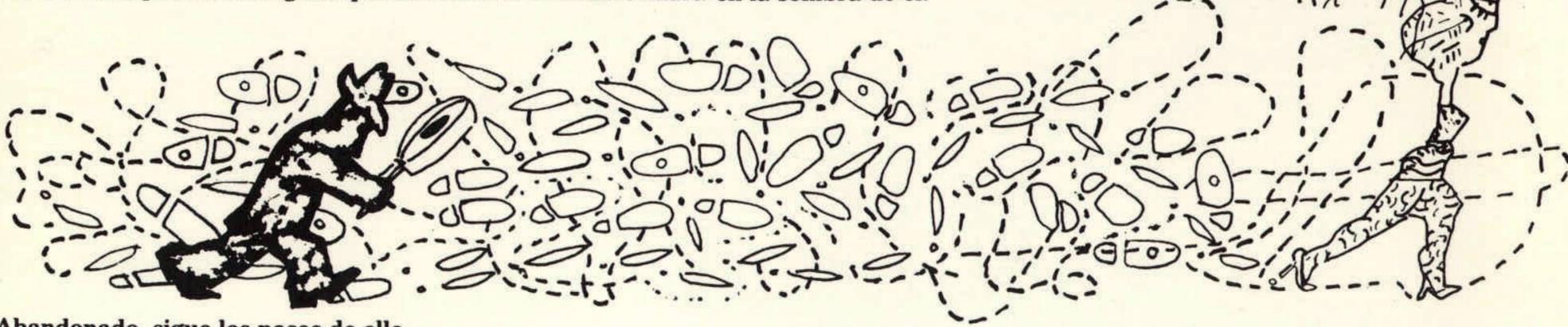
UNA VISITA GUIADA A LA BOCA



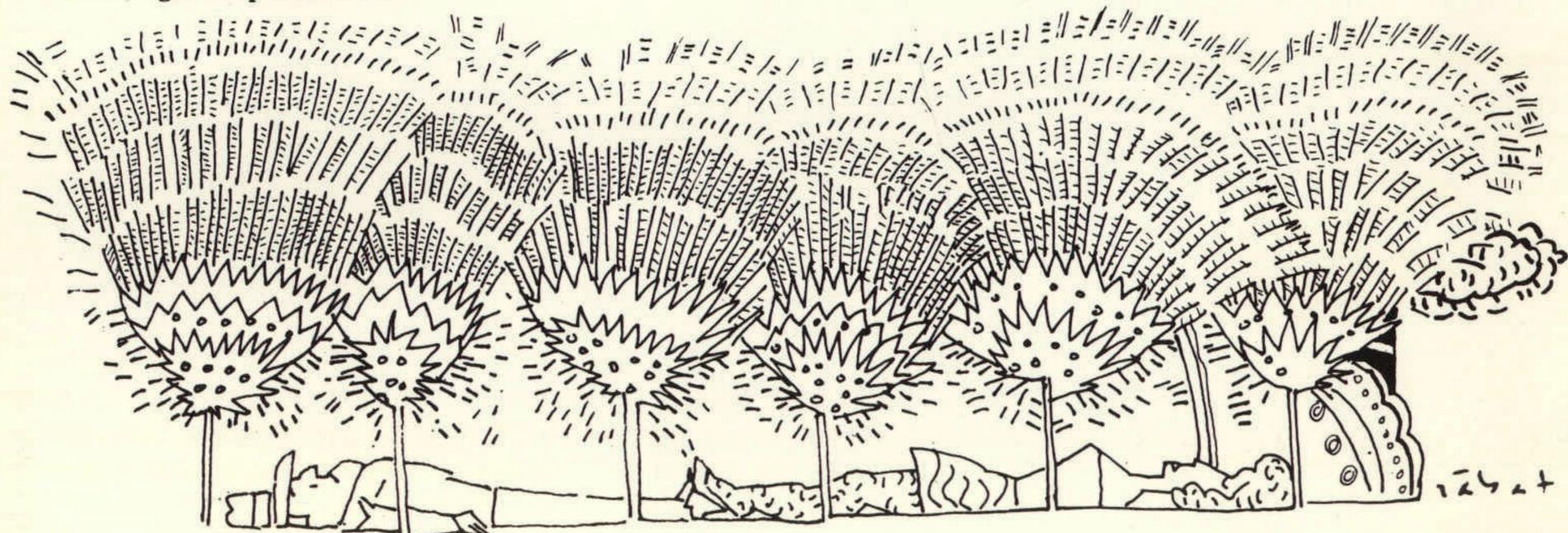
Por un camino pasa una pareja rodeada de tréboles y juncos en flor.



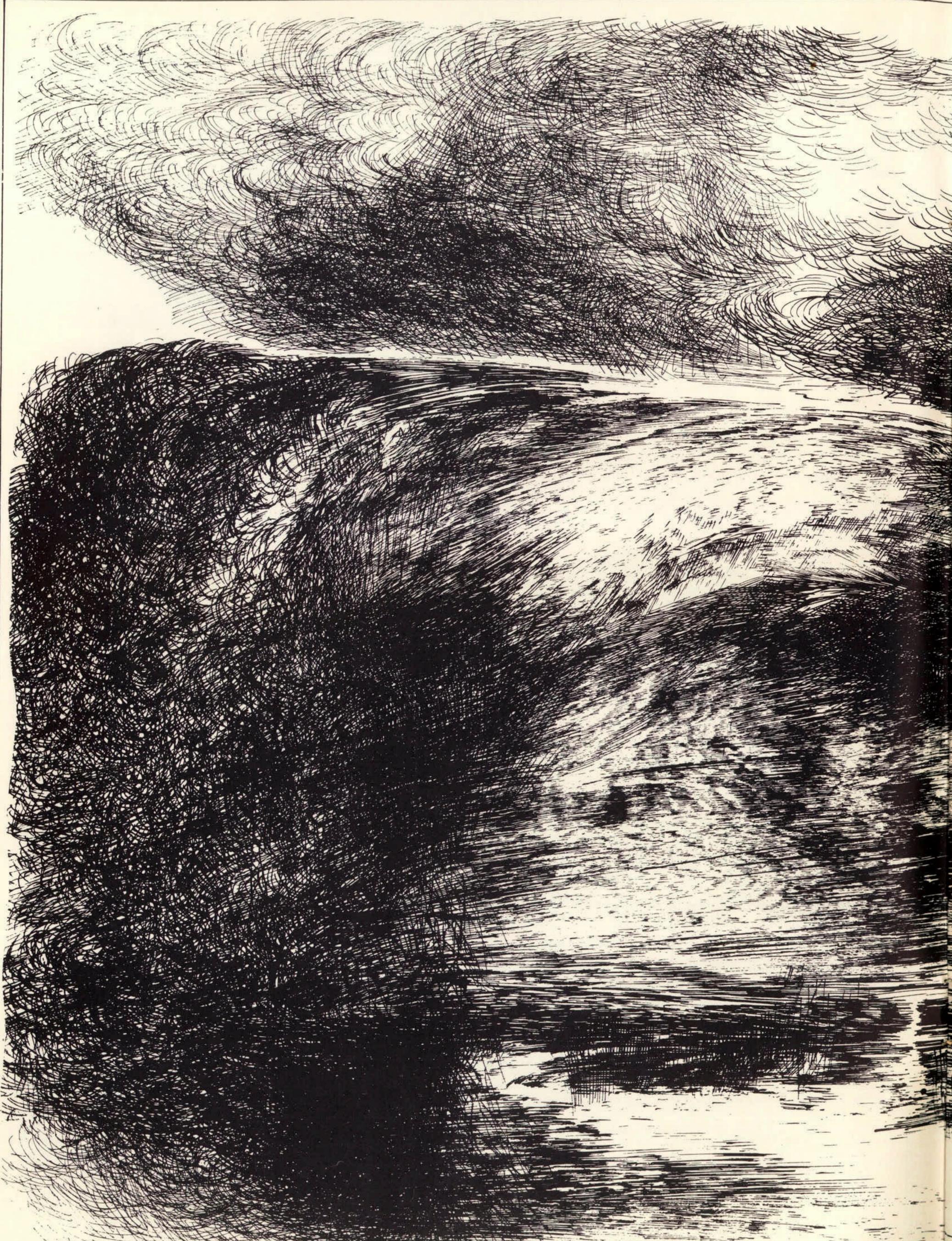
Un vaticinio pesimista augura que ese camino se transformará en la sombra de él.



Abandonado, sigue los pasos de ella.



El camino ahora está cubierto por cardos. Su último deseo es permanecer allí. Alentado por su experiencia, escribe "Caminito".



STUPIA

NIEBLA DEL RIACHUELO

Turbio fondeadero donde van a recalar
barcos que en el muelle siempre han de quedar...
Sombras que se alargan en la noche del dolor.
Náufragos del mundo que han perdido el corazón.
Puentes y cordajes donde el viento viene a aullar.
Barcos carboneros que jamás han de zarpar.
Torvo cementerio de las naves que, al morir,
sueñan, sin embargo, que hacia el mar han de partir.

Niebla del Riachuelo,
amarrado al recuerdo
yo sigo esperando.
Niebla del Riachuelo,
de ese amor para siempre
me vas alejando.
Nunca más volvió;
nunca más la vi;
nunca más su voz nombró mi nombre junto a mí...
Esa misma voz que dijo adiós.

Sueña, marinero, con tu viejo bergantín;
bebe tus nostalgias en el sordo cafetín.
Llueve sobre el puerto, mientras tanto, mi canción;
llueve lentamente sobre tu desolación.
Anclas que ya nunca, nunca más, han de levar.
Bordas de lanchones sin amarras que soltar.
Triste caravana, sin destino ni ilusión,
como un barco preso en la botella del figón.

Letra: Enrique Cadícamo

Música: Juan Carlos Cobán

LA VIRUTA LOS TAPO

VISIONARIOS (I)

El objeto del tango es describir la obscenidad. Rezuma la coreografía del burdel, siendo su objeto fundamental el espectáculo pornográfico. Así, pues, no solamente es honesta y distinguida la proscripción de esa indecencia que nos atribuyen, sino patriótica en grado muy apreciable. No puede el nombre argentino servir de rótulo al lupanar. El tango no es un baile nacional, como tampoco la prostitución que lo engendra. Cuando las damas del siglo XX bailan el tango, saben o deben saber que parecen prostitutas, porque ésa es una danza de ramerías.

Jean Richepin, 1913

VISIONARIOS (II)

El tango es en Buenos Aires una danza privativa de las casas de mala fama y de los bodegones de la peor especie. No se baila nunca en los salones de buen tono ni entre personas distinguidas. Para los oídos argentinos la música de tango despierta ideas realmente desagradables.

Enrique Rodríguez Larreta, embajador argentino en París, citado en *El Tango*, de Horacio Salas

MILONGA

Sobre las mesas, botellas decapitadas de "champagne" con corbatas blancas de payaso, baldes de níquel que trasuntan enflaquecidos brazos y espaldas de "cocottes".

El bandoneón canta con esperezos de gusano baboso, contradice el pelo rojo de la alfombra, imanta los pezones, los pubis y la punta de los zapatos.

Machos que se quiebran en un corte ritual, la cabeza hundida entre los hombros, la jeta hinchada de palabras soeces.

Hembras con las ancas nerviosas, un poquitito de espuma en las axilas, y los ojos demasiados aceitados.

De pronto se oye un fracaso de cristales. Las mesas dan un corcovo y pegan cuatro patadas en el aire. Un enorme espejo se derrumba con las columnas y la gente que tenía dentro; mientras entre un blaje de

brazos y de espaldas estallan las trompadas, como una rueda de cohetes de bengala.

Junto con el vigilante, entra la aurora vestida de violeta.

Buenos Aires, 1921

Oliverio Gironde, *Veinte Poemas para ser leídos en el tranvía*

TANGO VIEJO

Baile macho, debute y milonguero, danza procaz, maleva y pretenciosa, que llevás en el giro arrabalero la cadencia de origen candombero como una cinta vieja y asquerosa.

Pasión de grelas de abolengo bajo de quien sos, en la bronca de la vida, un berretín con sensación de tajo, cuando un corte las quiebra como un gajo o les embroya el cuore una corrida.

Chimento rantifuso y porteño que trabajás el corazón de paco; piropo taita, dentrador, mañero, que vas de balancín y cadenero rumbiando para el lao del lado flaco.

El que te baile bien debe ser púa, manyado entre la merza de los guapos. Haber hecho un jotraba de ganzúa y tener la sensación de la café al atávico influjo de los trapos.

Carlos de la Púa, *La Crencha Engrasada*

LOS CAFES DE LA BOCA

Nadie suponga que nos extrañemos de que haya cantinas en la Boca. Es lo adecuado al barrio. También las hubo antes de que las desalojaran aquellos cafés de tango. Esto es lo digno de destacarse. Que fuera allí donde la melodía ganara tan importantes trincheras de acercamiento al corazón de la gran ciudad. Después, el tango siguió su camino triunfante hacia "las luces del centro" y las cantinas retornaron. Sin la rústica legitimidad de antes; con este aire artificial que hoy tienen sus "canzonettas" y sus mandolinas, su público de fisonomía y sus llamativas actualidades.

En la cincuentena larga de evocación están presentes algunos de aquellos cafés del tango y sus músicos de valimiento: La Marina, donde el divulgado "tano" Genaro Espósito se florecía en el bandoneón; el Royal, dándole calce a un trío flamante pero entrador (Samuel Castriota, piano; Vicente Loduca, bandoneón; Francisco Canaro, violín); Las Flores, con su pianista Roberto Firpo, de gran atracción; La Popular, amenizado por el armonioso fuelle del "alemán" Arturo Bernstein y la ronda interminable de sus espumosos "chopes". A pocos metros, por Necochea, en el café "del Griego" preludiaba Agustín Bardi en el piano sus tangos de señalado destino. Por el otro lado de la calle, en el café "de la Turca", se lucía Vicente Greco en su bandoneón. Locales llenos de tripulantes de los barcos amarrados en el Riachuelo inmediato. Babeles de la ribera cosmopolita, en una hirviente confusión de idiomas; aunque, a la postre, todos los regionalismos coincidieran en un mismo triángulo excitante de los sentidos: alcohol, mujer y tango.

Francisco García Jiménez, *El Tango, historia de medio siglo*

TANGO

Claro que fui cuchillo y casa baja: lengue de taura y percantina en fuga; caralisa, matón que no se arruga: sangre, mina, farol, trago y baraja.

También fue mugre, mishiadura y pena; escolaso, café y desencanto; todas mancadas para curda y llanto que se dan en la mala y en la buena.

Y fui canyengue de semilla fiera que amarrocó la música fulera y en el cuore de un fueye se agrandó...

Ahora sólo soy melancolía, un malevo al costado de la vida que está esperando el tren que ya pasó.

Joaquín Gómez Bas, en *Filosofía Lunfarda*, de Tino Rodríguez



HISTORIA QUE SALIO REDONDA

A pesar de su origen itálico, la pizza es tan argentina como el dulce de leche. La proliferación de pizzerías por todos los rincones del país no tiene parangón en el mundo. Se podría afirmar que, por encima de la empanada y el locro, la "grande de muzzarella" es el plato nacional.

No hace falta tener mucha imaginación para comprender que este manjar que hoy se vende hasta en grandes salones con espejos y lámparas de falsos caireles, es de cuna muy humilde. En el sur de Italia, donde abunda el aceite (por ejemplo, en La Puglia), los campesinos acostumbran a guardarlo en grandes vasijas de barro. El tamaño de la "giara" indica la capacidad de ahorro de ese "contadino". Este inventó un alimento tan nutritivo y barato como el que se logra combinando pan duro con aceite, ajo y a veces hasta cebolla y tomate.

Esa pizza era la que vendían a fines de semana del siglo pasado los "tanos" que deambulaban por las calles de la Boca con unas asaderas redondas en sus cabezas. Las porciones eran frías, tal como hoy se venden en las pizzerías italianas. Por el tamaño que tenía y porque se empezó a vender a la salida de la cancha, ese tipo de pizza recibió el nombre de "canchera". Después apareció un genovés, de apellido Ravadero, que vistió a los vendedores ambulantes con un delantal largo y blanco. Estos, para vender sus porciones, colocaban la asadera sobre un caballete de madera. Un tachito hacía las veces de caja registradora para que la gente pagara e incluso se diera el vuelto, con el higiénico fin de que el despachante conservara sus manos limpias. Lo que se dice, todo un self-service sin que mediara el marketing ni nada parecido.

En la historia de la pizza hay otros nombres ilustres que supieron con su ingenio llevar a alturas impensadas ese pobre plato de campesinos. Entre ellos, habría que mencionar a Nicolás Vacarezza, que en un horno ubicado en la calle Moussy, entre Brandsen y Suárez, comenzó a fabricar la fugazza genovesa y el fainá. Además, por sugerencia de sus amigos napolitanos, agregó al bollo de harina, tomate natural y ajo picado. Por supuesto, nadie podría quitarle su sitio a los hermanos Banhero que inventaron la fugazza con queso y la popularísima muzzarella.

De la Boca, las pizzerías comenzaron a diseminarse por todo Buenos Aires. Pero el barrio xeneise quedó irremediamente identificado con la creación de sus habitantes, hasta tal punto que cuando Boca Juniors perdía, la hinchada contraria cantaba que "la pizza se quemó".

La ya legendaria avenida Corrientes fue la segunda patria del plato. En una de sus pizzerías, a cambio de escribir cuartetas que acompañaban a las copas heladas, comía Alberto Vacarezza. A él se debe el slogan de la casa: "Pizza/ qué rica pizza/ ninguna pizza/ pisa la pizza de este lugar". Allá por el '45, en la época de las patas en la fuente, la gente bien llamaba "20 y 20" a los inmigrantes del interior del país que consumían 20 centavos de pizza y 20 de vino.

Hoy la pizza sigue siendo un plato económico pero lo apetecen todos los sectores sociales. Al igual que el tango, tiene curso legal aun en sitios copetudos. La historia siempre se repite: el pueblo tiene razón aunque no tenga con qué pagar el cubierto.



MASA BASICA PARA PIZZA

1 kg de harina
50 g de levadura
1 cucharada sopera de sal
1/2 taza de aceite
4-5 tazas de agua tibia

Tamice la harina directamente en un recipiente lo suficientemente grande como para que la masa pueda expandirse sin derramarse por sobre sus bordes. Eche la sal y mezcle. Diluya la levadura en una taza de agua tibia y viértala sobre la harina, con el aceite y el resto del agua. Trabaje unos minutos la masa, que lucirá blanda, a punto de engrudo. Ponga a levar en sitio cálido y oscuro hasta que esté bien inflada. Trábajela un poco más, desinflándola por completo, y póngala nuevamente a levar. Prepare las pizzeras, aceite y enharine.

Con las manos mojadas para evitar pegoteos, tome un bollo de masa y acomódelo en el centro del molde. Estire la masa hacia los bordes con los dedos y deje levar una vez más. Prepare las pizzas y cocine en horno precalentado. Mantenga a fuego medio unos 25 a 30 minutos. Salen tres pizzas medianas o dos grandes.

PIZZA CLASICA

6 tomates perita muy maduros
1 ajo
1 cebolla chica
1 cucharada sopera al ras de orégano
250 g de muzzarella
Aceite de oliva
Sal

Pele y despepite los tomates, córtelos en cubitos. Pele ajo y cebolla, pique todo bien menudo y añada a los tomates. Eche sal y reserve al fresco unos 15 a 20 minutos. Escorra toda el agua que los tomates hayan soltado. Mezcle la pulpa resultante con un poco de aceite y desparrámela sobre la pizza. Hornee. Cinco minutos antes de retirar la pizza del horno, distribuya por encima del tomate la muzzarella cortada en fetas, o bien picada a cuchillo. Una vez derretido el queso, retire del horno. Para una pizza grande.

PIZZA DE CEBOLLAS

3 cebollas medianas
Aceite de oliva
1 cucharada sopera al ras de orégano
Sal, pimienta de molinillo

Corte la cebolla muy finita, mezcle con un chorro de aceite y el orégano. Mantenga en sitio fresco unos 15 minutos antes de usar. En el momento de hacer la pizza, salpimiente la cebolla. Desparrame sobre la masa y apriete ligeramente para que la cebolla se incruste un poco en la masa. Hornee. Para una pizza grande.

FUGAZZA CON PANCETA Y MOZZARELLA

2 cebollas medianas
1 cucharada sopera al ras de orégano
8 fetas delgadas de panceta salada
Aceite de oliva
Sal, pimienta de molinillo

Proceda como en la receta anterior. Antes de hornear, acomode las fetas de panceta sobre la cebolla según el trazo imaginario de las porciones. Hornee. Cinco minutos antes de servir, retire la pizza del horno, distribuya encima la muzzarella, picada o en fetas, y hornee hasta que el queso se derreta. Para una pizza grande.





BOCA

Mi tío Plinio gustaba de contar anécdotas. Hijo de genoveses transplantados a la República de la Boca, había crecido en una familia numerosa en gentes, afectos, y sobre todo nombres poco comunes: Menotti, Efigenia, Harolda y hasta dos hermanas llamadas Iride y Artémide, solteronas, por supuesto.

Cuando yo lo conocí ya era el patriarca de los Garibaldi en la Argentina, y vivía en Florida, cerca de la estación. El club de sus amores también se había ido de la Boca, y él había tomado parte en el asunto. El estadión, como Plinio pronunciaba, del Club River Plate era sin lugar a dudas el mejor para ver fútbol, y desde la tribuna alta se veía el río. Nunca supe si Plinio se vino al Norte para estar cerca.

Para los de mi edad el Monumental es el lugar donde la Argentina salió campeón mundial, siempre estuvo en Núñez y la Almirante Brown tiene un anillo superior que obstruye la vista original.

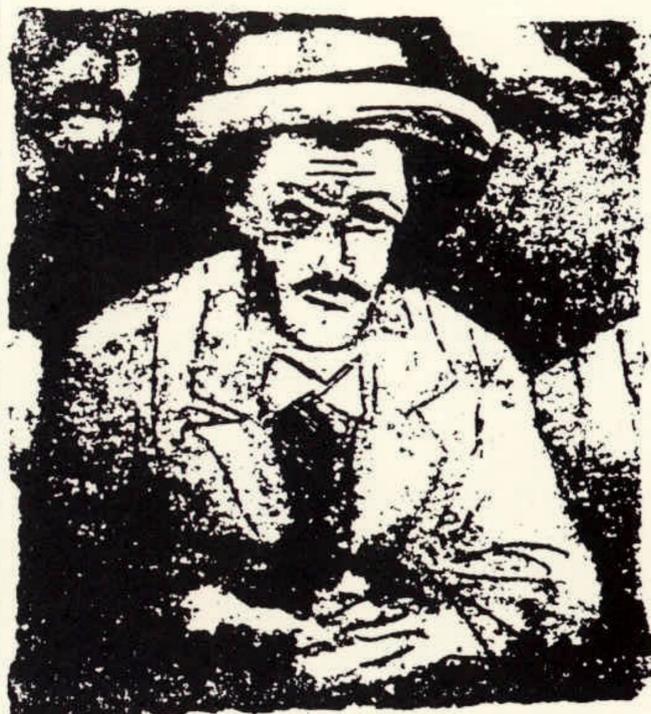
Cuando River salió campeón en el '75 festejamos con pizza, como corresponde. Era en esos momentos, como en los 31 de diciembre, cuando Plinio contaba historias. A mí me gustaban las de las giras con el equipo de River de los cincuenta, el de Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Loustau, y una de la Boca.

Según Plinio, toda la Boca había ido a recibir a Benito Chinchella, y no Quinquela -aclaraba-, que venía en barco desde Europa. Se había formado una procesión de carros tirados a caballo, donde iban las madres y los niños, llevados a pie por los jefes de familia y los varones grandes. Creo que él iba a pie. Chinchella Martín, hijo dilecto, iba en el primer carro, con el Presidente de la República (de la Boca). El cortejo avanzaba lentamente, cuando de repente el Presidente se detuvo, alzó la mano derecha, y en un dialecto que desconozco pero que Plinio pronunciaba también con su mano en alto y tono bastante contundente, exclamó:

“¡Momentín! ¡Benito la cue' de pispiar!”.

Acto seguido, los padres de familia, que sí entendían, detuvieron los carros mientras Benito orinaba a piacere la rueda del carro. Los más solidarios hasta lo imitaron, haciendo lo propio en sus respectivos carros. Una vez finalizada la solemne ceremonia, el cortejo continuó la marcha. Nadie osó siquiera sonreír.

Varias veces me pregunto si mi recuerdo es veraz o perdió en la traducción, pero lo cierto es que a un patriarca de la Boca no se le discute, como no lo hicieron los integrantes del comité de recepción.



ADEMAS DE GENOVESES

Mi viejo entró a laburar en la General Motors, y nos mudamos a Barracas, a ocho cuadras de ahí, que mi viejo hacía caminando. El barrio sólo te hacía hinchar de Boca. Yo entré en el frigorífico Anglo. Estaba en la sección Caja, empecé de Office Boy, eso que ustedes dicen “cadete”. Cada tanto tenía que ir al Dock Sud. O cruzabas el puente a pie o tomabas el bote, y ahí venían los tanos remando, mirando para abajo. Había una baranda...

Cuando me hice la casa en La Lucila me consiguieron un tipo que hacía muebles de cocina. Me dijeron: “Es el mejor, pero hay que tenerle paciencia”. Y era verdad, mirá los muebles, todas las soldaduras parejas, todo en escuadra, y barato, encima. Pero de repente desapareció unos días. Nadie lo encontraba. Cuando volvió le pregunté, haciéndome el otario. Nada. Finalmente me lo contó el que me lo recomendó. Resulta que el ñato se iba con sus pibes a la Casa Amarilla, donde se concentraba la venta de papas, el día que entraba un cargamento grande. Queda justo atrás de la Bombonera. Las papas que no estaban buenas se tiraban, y en las pilas enormes que se armaban iban a comer una cantidad de palomas. El “quía” mandaba a los pibes a revisar las parvas en busca de papas rescatables mientras él cazaba alguna paloma que de tanto comer no levantaba vuelo y le daba vuelta el pescuezo. Cuando se terminaban el puré y las palomas no tenía más remedio que laburar. ¿Sabés todos los que hacían lo mismo?

Andy Cormack, *Dublín es una calle en Parque Chas*

RES, NON VERBA

Una noche, ya de las últimas que pasé en Buenos Aires, me vino a buscar el poeta Raúl González Tuñón. Mi alegría fue grande cuando con aquel tono sencillo y como apagado, característico de él, me dijo: “Che, venite ahora conmigo, que te voy a enseñar lo más importante que tiene Buenos Aires”. Hizo una pequeña pausa y enseguida añadió: “Te voy a enseñar la Boca”. Fuimos, y por allá cenamos en uno de los dos restaurantes de más carácter que hay en aquel lugar, El Pescadito (el otro se llama El Tiburón), que monopolizan el menú ítalo-porteño, presidido, cómo no, por el legendario asado de res. A esa hora El Pescadito presentaba un aspecto casi tumultuoso, lleno de un público que, según ocurre frecuentemente en Italia, establecía diálogos de mesa a mesa, ponderando la excelcitud de cada plato. (...)

Ya al marcharnos pedí, y me lo concedió el dueño del restorán, uno de los anuncios que decoraban las paredes de la casa. A pesar de los años que han transcurrido desde entonces, aún lo conservo. Era una cartulina blanca en la cual podía verse impreso este lema: “Aquí se come mal, pero en otros lugares se come peor: de dos males, el menor; nobleza comercial”.

Nicolás Guillén, *Páginas Vueltas, Memorias*

COMO ME HICE HINCHA DE BOCA

Mi viejo, que todavía no perdió el acento gallego, tenía una lechería a dos cuadras de La Bombonera. Todavía existe, era como las viejas Martona, con azulejos. La máquina de café era una de esas Urbe, de las que atrás cabían varios escondidos. Se ponía la leche y el café, y al tiempo la baranda a leche quemada era tan grande que yo, que tenía seis o siete años, me tenía que trepar en cajones de leche para zambullirme adentro y limpiarla.

Los que venían a tomar leche y café eran los de la tercera de Boca, entre ellos el hermano de Pinino Mas, Juan Carlos. Me veían jugando con una pelota que me hacía yo con el papel de envolver vainillas y me regalaban cosas, banderines, lo que consiguieran. Cuando Boca salió campeón me enteré por los gritos de la gente en la cancha, que tapaban el sonido de la radio. También aprendí a jugar al billar de ojito, mirando por la ventana del bar, no me dejaban entrar por chiquilín.

José Manuel Coya, *Sarlanga también era gallego*

BOCA

BOCA JUNIORS

Uno sabe el color bandera sueca,
desarrancando gol grito del hincha,
vocación de esta Boca boca llena,
tictac de historia de tablonés
chuenga a chuenga.

Uno siente la sangre de azul-oro
metiéndose en las venas
por un punto más, por una nada.
Y ocurre que ni almuerzo ni merienda
tienen algo que ver,
ocurre que la novia zaguana
o el padre encabezando los domingos
miran pasar la tarde bizcochada
y esperan como espera,
pasivamente el lunes.

Uno se va volado, está de loco al paso,
refuerza el corazón, grita sin grieta,
aplaude el gol sellado en la gambeta,
siente su afán,
lo sigue hasta en la sexta.

No sé. Pero ese pueblo vivo
que empuja y desempuja, que habla y
parlamenta,
es el único eco de estas voces
y el único que cuenta.

Viéndolo andar de Boca al hombro,
de corazón con quince estrellas,
pasión sin corbata,
le digo este poema.

Mario Jorge De Lellis, *Hombres del vino,
del álbum y del corazón*

ORIGEN HUMILDE

Boca Juniors nació en una reunión de aficionados realizada en un banco de la Plaza Solís (Olavarría, Ministro Brin, Suárez y Gaboto) el 3 de abril de 1905. La humildad de los comienzos del hoy poderoso club, puede constatarse por el testimonio que nos brindan sus actas iniciales: "A. Farenga propone que, en vista que un amigo podría hacer las redes para los arcos sin cobrar nada, pide que se compre el hilo necesario para ese objeto, lo que es apoyado, pero esto último queda sin efecto, debido a que el señor Bricchetto manifiesta que él iba a regalar el hilo necesario para tal trabajo. El señor Cerezo, a continuación, manifiesta que obsequiarán las agujas necesarias para tejerlas, y a continuación el señor Sana dice que regalará también un pedazo de red adecuada al caso."

FUNDACION DE LA BOCA

Será un viejo botero quien me cuente
entre vasos de vino y humo amargo
que la cosa fue así y en otros años.

Por una banderola a contramano
una colada luna de cartón en el estañó
se acodará alumbrando
el cabecear silencioso de un borracho.

Un acordeón dirá que por Sorrento
anda en el aire una navaja.

Será un viejo botero quien me cuente
que la Boca ya estaba,
y que Quinquela, Filiberto y Calomino
y esta mesa envinada y esta calle
con una historia carbonera y alguien...

(acaso un Pietro que como otros vino
para ser como otros Pedro-Nadie).

¡Ma qué mitología ni qué ostias!
Me lo contó un botero esta mañana:
cuando vinieron a fundar la Boca...

¡La Boca ya estaba!

Julián Centeya, *Piel de Palabra*

INDEPENDENCIA

La Boca, con sus coloridas casas de madera, sus techos de chapa y sus típicas costumbres genovesas, era verdaderamente "un país" dentro de Buenos Aires. Algunos de sus habitantes creyeron que esa singularidad daba derechos a una secesión. Esto ocurrió en 1882, cuando a raíz de una huelga tumultuosa se realizó una reunión local de la Sociedad Italiana, y en medio de las aclamaciones de los presentes, se resolvió que "el gobierno argentino no puede mezclarse en cuestiones de genoveses". A continuación se elevó en un mástil la bandera de Génova y se redactó una solemne acta en la que se informó al Rey de Italia que se acababa de constituir la "República Independiente de la Boca". El general Roca, a la sazón presidente de la República Argentina, se irritó mucho por la declaración de independencia y concurrió personalmente al barrio xeneise para arriar con sus propias manos la bandera y reprimir todo intento separatista. Al día siguiente, los patriotas genoveses, ya más calmos, pusieron un balde de agua fría al asunto y bautizaron una calle boquense con el nombre de Italia y Boca.

GRAN ARQUITECTO

Cuando cursé Segundo Año de Arquitectura tuve un compañero cuyo nombre no recuerdo. Venía a cursar todos los días con la consabida carpetona negra, sostenida por elásticos, que permite guardar las hojas de 35 x 50 en las que trabajábamos. En el rincón de arriba le había pegado un dibujo, que había hecho él. Ahí estaba Cristo abriendo los brazos, como si fuera el Redentor carioca, vistiendo la azul y oro. El dibujo tenía dos leyendas: la de arriba, "Dios es de Boca", se completaba con la de abajo, "O si no, no existe". Muchos asentirán.

R.S.

EMPIEZA CON B

Mario Boyé, puntero derecho, derrochaba energía y goles durante los últimos años de la década del 40. Remedando una canción popular en boga, la hinchada de Boca le cantaba todos los domingos:

Yo te daré
te daré niña hermosa
te daré una cosa
una cosa que empieza con B
BOYE

Para no alejarse de las raíces. Boyé es ahora propietario de una pizzería en Belgrano.

FETICHE AMENAZADO

El uruguayo Severino Varela usaba una boina blanca que fue manchada por muchos goles de cabeza durante la brillante campaña que realizó entre 1943 y 1944, especialmente algunos obtenidos mediante espectaculares "palomitas". Durante un festejo posterior a un partido la boina desapareció y Varela, sin excitarse, amenazó abandonar el club y el ejercicio del deporte si no se la devolvían. El usurpador del fetiche pidió permanecer anónimo (para evitar críticas de sus amigos) y Varela pudo volver a jugar.

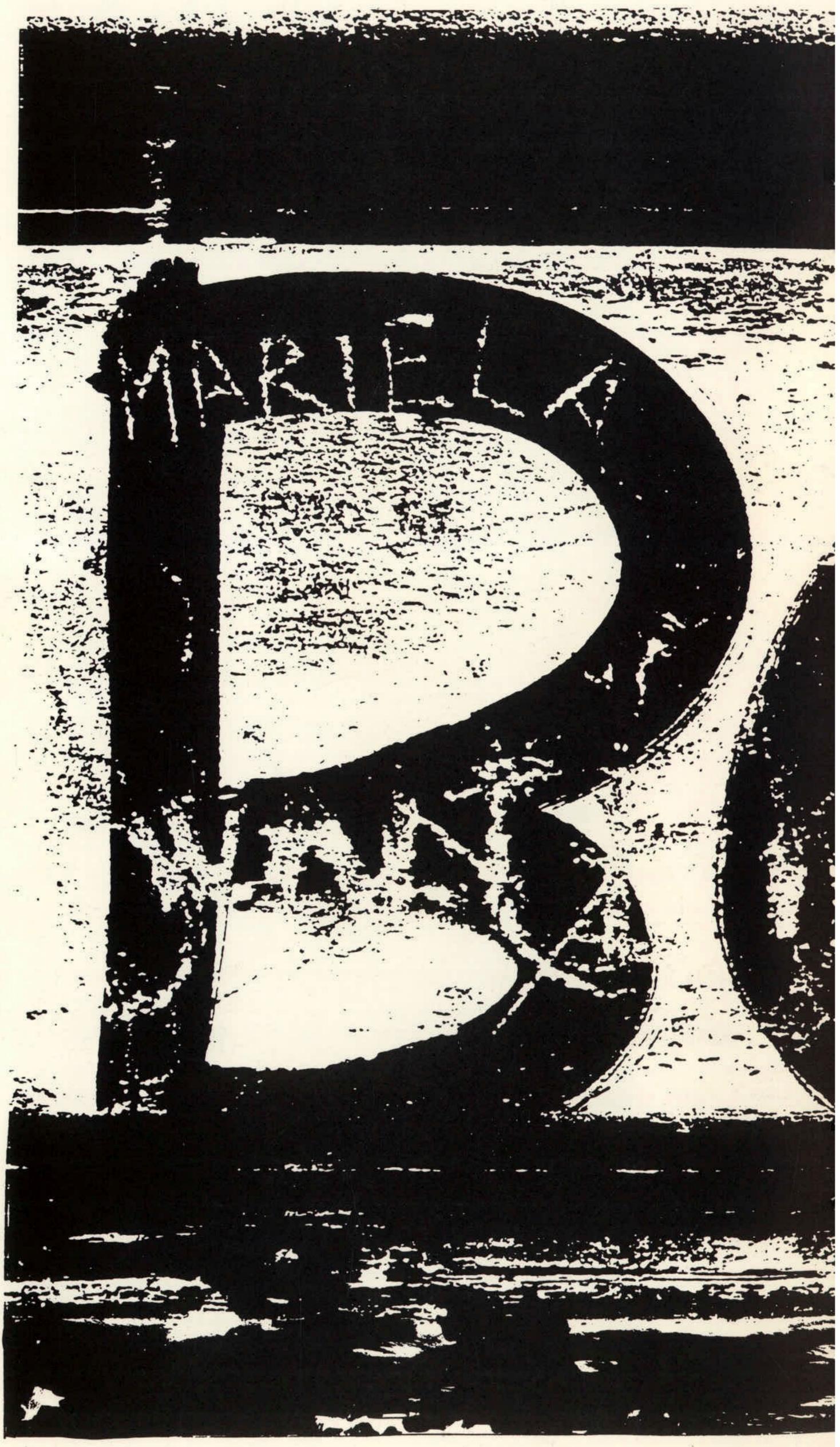
CAMISETA EN EL CORAZON

Un veterano albañil concurrió durante muchos años al mismo lugar de la Bombonera, donde compartía su fanatismo con otros tantos amigos. Un domingo sorprendió a todos vestido de negro, con chaleco al tono y corbata de seda. Explicó que se había muerto su suegra, y que después del partido debía volver al velorio.



Arrimate che,
 tengo que
 darte un
 dato papa

— LAST REASON



los fotografía para que sean recordados



BOCA

Cáncer, asma o enfisema
porta el pucho y vas al nicho.
O le decís chau al pucho
o te ha de decir ¡Chau Picho!

— TINO RODRIGUEZ

FUMAR CHIALA

VEGA DE LA

BOCA

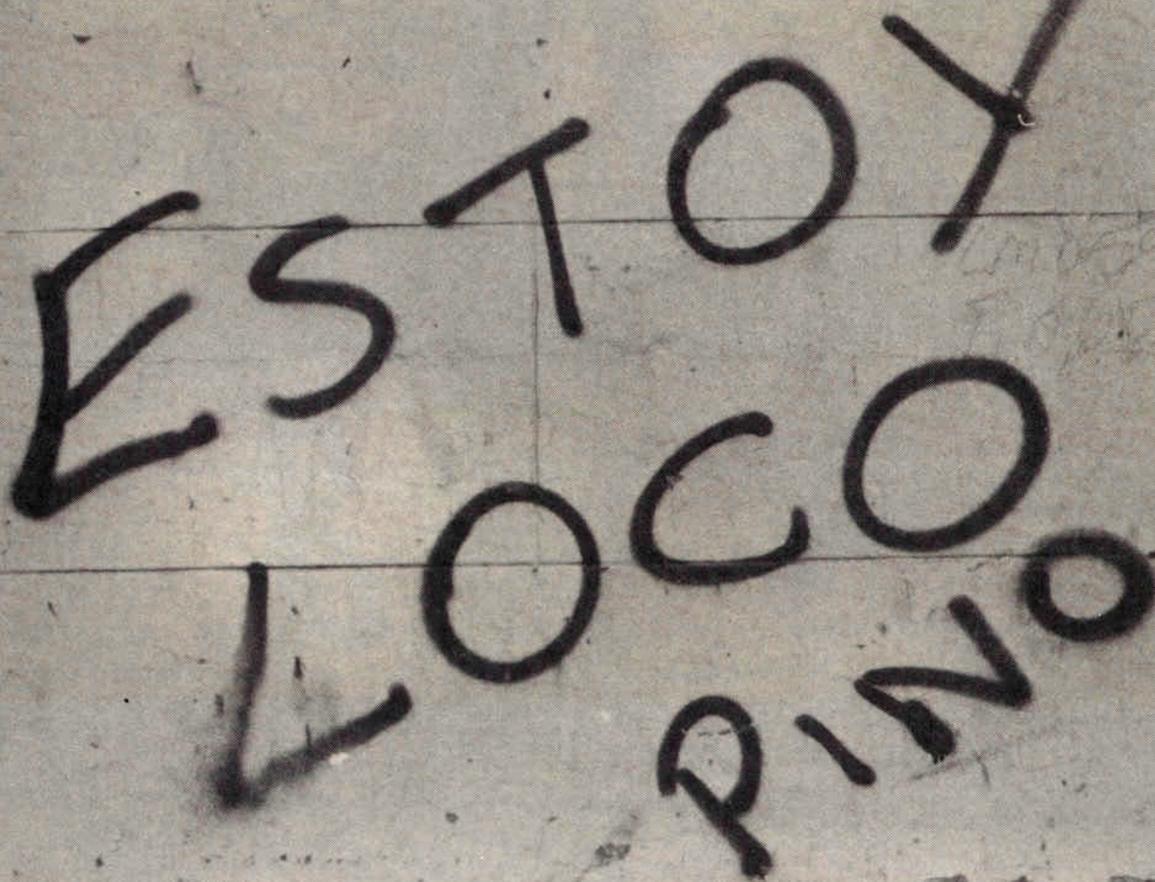


BOCA

Me cago en los prestamistas
y en los que venden a plazos.
Me cago en los batacazos
y en los diarios y revistas.
Me cago en los moralistas
y en los platos enlozados.

Después con grandes cuidados
me cago en forma platónica,
en la guía telefónica
y en todos sus abonados.

—ANONIMO ENCONTRADO EN JUAN DE GARAY Y BOLIVAR,
CITADO EN EL DICCIONARIO SUBVERSIVO DE
MIGUEL ANGEL SPERONI



ESTOY
LOCO
RINO

no tememos el talento



lo respetamos

taller de artes visuales

DEFENSA 850, SAN TELMO. ☎ 362-5802
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



A

*Esta noche me teoremo
(tango)*

$$a + b - c = 0$$

si $a + b = 1$

$$1 - c = 0$$

ahora:

$$a - b + c = 0$$

si $b + c = 1$

$$a - 1 = 0$$

entonces:

$$1 - c = a - 1$$

lo cual será
resuelto por

las armas

ya

que un hombre

macho

no debe

llorar.





ERRONEA CONCEPCION EXCLUSIVISTA DEL TANGO

Corría el año 1948. Primera presidencia de Juan Domingo Perón y el país enriquecido después de finalizada la Segunda Guerra Mundial; con el oro que, según se decía entonces, impedía circular libremente por los pasillos del Banco Central: tanta era la divisa acumulada. Dirigentes políticos nacionalistas latinoamericanos veían con interés y en muchos casos con gran simpatía, a este nuevo liderazgo argentino que hablaba de una tercera posición, ni yankee ni marxista. La Argentina no sólo exportaba trigo y carne, sino también libros y cultura a todo el Continente.

Frecuentemente partían delegaciones gubernamentales a predicar la buena nueva. Entre tantas, una presidida por el historiador y senador peronista Diego Luis Molinari, hombre talentoso y muy controvertido, visitaba Cuba y otros países del área. Juan Atilio Bramuglia era el canciller de Perón y le tocaba entonces participar con muy buen éxito en la famosa crisis internacional producida por el bloqueo de Berlín, ya que la Argentina presidía en ese momento el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto era el Dr. Pascual La Rosa, hombre de Avellaneda, un tanto engolado y retórico. En tal calidad encabezaba la delegación argentina que concurrió a Bogotá para la IX Conferencia Interamericana y la firma de la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Numerosa fue la delegación, y grandes las expectativas y esperanzas generales que se depositaban en el nacimiento jurídico de la Organización con su flamante Carta. El gobierno de Perón había costado la concurrencia de personalidades latinoamericanas no gubernamentales y hasta de estudiantes, entre ellos, la del propio y joven entonces Fidel Castro, estudiante de segundo año de abogacía de la Universidad de La Habana, invitado personalmente por el senador Molinari.

Albino Gómez es actualmente embajador en Kenya y las Islas Seichelles, habiendo cumplido similares funciones ante el gobierno de Suecia.

Lamentablemente, las ceremonias coincidieron en Bogotá con la muy grave crisis de carácter político-social que culminó con el históricamente famoso Bogotazo. Para tener una idea de la magnitud de los hechos que se desencadenaron en aquella ciudad a partir del momento del asesinato del líder político Jorge Eliézer Gaitán, baste saber que hoy día, las guías turísticas bogotanas que están al alcance de la mano en cualquier hotel de la ciudad, señalan que Bogotá fue destruida por varios terremotos y por el llamado Bogotazo. Los hechos se desarrollaron con la violencia que es de imaginar y coincidieron en su inicio con la celebración de un muy formal banquete para más de cuatrocientos comensales, elegantemente trajeados. Un barroquísimo y adecuado salón constituía el escenario del ágape, cuyas puertas de espejos no hacían más que reflejar y multiplicar narcisistamente el lujo del lugar y de los invitados. Vitrales de la mejor calidad y finísimas arañas que colgaban de un techo poblado por rubicundos angelotes hacían el resto, para no mencionar la maravillosa mantelería, la platería y vajilla coloniales, más los estupendos candelabros que daban el último toque a la requerida luz. Cuando el banquete estaba en todo su esplendor, y el único ruido que se percibía era el murmullo de las voces masculinas, con su contracanto de voces femeninas, más la percusión de los cubiertos y el

suave tintineo de las copas de cristal, el pavoroso estruendo de bombas en las muy próximas cercanías del lugar y el tableteo de ametralladoras cuyos impactos destrozaban los hermosos vitrales, terminaron con la paz, la felicidad, la armonía y toda elegancia. Como si esto fuera poco, se produjo un total apagón de luces, en la ciudad y el salón. Partes de los vitrales rotos caían muy cerca de los comensales que ya, a esta altura, y sin distinción de sexo, habían derribado sus respectivas sillas tratando de huir hacia no se sabe dónde. Las puertas, en lugar de ceder el paso, sólo ofrecían resistencia y el reflejo de las propias y apagadas imágenes de desesperación. Ya muchos habían caído al suelo en su loca y oscura carrera y gateaban por debajo de las mesas. Algunos candelabros, también caídos sobre los manteles, habían iniciado su propio incendio. Gritos e histeria colectiva era todo lo demás. De pronto, se hizo el silencio afuera, una suerte de cese momentáneo del fuego. Ello trajo un poco de paz a los espíritus que, como ya dijimos, tenían sus encarnaduras por el suelo. Un silencio audible y total. Tal vez todo esto haya durado cinco minutos pero daba la sensación de haber transcurrido un plan quinquenal entero. Y de inmediato, el silencio nuevamente roto, esta vez por una muy juvenil y no desagradable voz, que desde un extremo del salón, y seguramente, por el tono, desde el suelo, entonaba con cierto sofoco algunas estrofas de un conocido tango: "Si se salva el pibe, si el pibe se salva, vas a ver la fiesta que vamos a armar..." Los ex comensales, desde sus situaciones y posturas nada airosas escuchaban con sorpresa esta especie de oración laica, cuando el canto fue también interrumpido por otra voz, mucho menos juvenil —la de un alto funcionario argentino— que, sofocada por la mesa que la cubría y seguramente algún mantel, decía: "el irrespetuoso funcionario argentino que se ha puesto a cantar un tango en horas tan dramáticas para América latina y para nosotros, queda desde este mismo momento exonerado". Estas palabras también fueron seguidas por un profundo silencio, quebrado por algunos balbuceos y algún llanto, pero de inmediato, la misma voz juvenil que había comenzado a entonar el conocido tango interrumpido por el empinado diplomático argentino, gritó —a pesar de las circunstancias— a todo pulmón: "Al funcionario exonerado le chupás un huevo porque es uruguayo".



Albino Gómez, *Vení... jugá conmigo*, 1989
© Editorial Corregidor

TANGO

por Leonidas Barletta

Media tarde, en la confitería Orofino. Las mesas alineadas con sus mantelitos azules; el florero, las luces rebrillando en los espejos. Lucrecia se sentó cerca de la tarima de la orquesta. Ocho músicos, correctos, con sus "smokings" blancos, tocaban una música lánguida y voluptuosa, con síncopas que fijaban en la memoria los movimientos quebrados de las cinturas de los negros. Pidió café. Cuando la orquesta dejó de tocar, el violinista vino a sentarse a su mesa. Era alto, de tez morena y cabello negro. El hombre empezó rápidamente el asedio. La orquesta típica ocupó el lugar de la jazz. El músico del bandoneón tendió sobre sus rodillas el paño bordado. Se inclinó sobre el instrumento y el tango arrancó con tres rachas impetuosas para caer en los bajos del fuelle.

Lucrecia oía la voz del muchacho, gruesa, pastosa, y sentía el doble placer de la caricia que le producía el instrumento y el cortejante.

El hablaba de su desesperación por verla, de su insomnio, de sus ansias...

—Ya sé que usted no es igual a las demás mujeres, no se puede hablar con usted de casamiento, de hogar, de hijos... ¡Es tan moderna!

Ella lo escuchaba casi sonriendo, con los ojos perdidos. No replicaba para no romper ese placer de oírle hablar. Pero pensaba: "Vamos, nene, ¿por qué no soy igual a las demás mujeres? ¿Por qué me busca como amante y no como esposa? M'hijito, se te ve la intención..."

Advertía el doble juego; pero no sentía disgusto. "¿Que yo he nacido para el amor? Habría que preguntarle a mamá qué opina de esto. ¡Pobre vieja!"

Las luces, los espejos, el entrecocar de la vajilla, los mozos con sus mejillas rasuradas a contrapelo, todo había desaparecido y sólo aquella voz que encajaba tan bien en las notas del bandoneón, le producía un delicioso envenenamiento. Instintivamente se puso a la defensiva.

—Pero ha llegado el momento, Lucrecia, de

estrechar más nuestras relaciones, necesito besarla, necesito besar sus cabellos, sus ojos, su boca... Su boca que ha sido hecha para besar...

Lucrecia pensaba: "Los pobres chicos están aburriéndose en casa".

—Usted dirá —proseguía Martínez— si este amor que siento por usted puede tener su premio. Dígame usted que sí.

Lucrecia sonrió y volvió la cabeza displicentemente.

—Nada más que eso. Dígame que sí. Necesito que sea usted la que me diga que sí, con su voz, con su boca...

Ahora el piano marcaba con precisión los compases. Una vez más insistía:

—Dígame que acepta.

Lucrecia sonreía. El músico del bandoneón se había agachado tanto, que las mechas de su cabello le ocultaban la cara.

Martínez confesó que estaba desalentado, triste. No podía comprender cómo ella no experimentaba las mismas angustias y sobresaltos que él, los mismos deseos...

—Es que usted no me quiere como yo la quiero.

—Mejor para usted —dijo ella, casi riendo.

—Vamos, no juegue; ¿por qué no quiere ser mía?

Lucrecia buscaba una respuesta adecuada. No encontraba nada que decir. Miró los ojos del hombre intensamente. Sentía que una mano viril se apoyaba en su cintura y la conducía sobre los giros del tango.

Sabía ella que en el fondo de aquellos ojos no estaba la verdad; lo sabía, pero no le importaba. Sintió una pizca de inquietud, porque el hombre la apremiaba con sus ojos inquisitivos, con la boca entreabierta. Todo su ser, tenso, esperaba la respuesta. Se tranquilizó inmediatamente y contestó:

—Es que yo no lo merezco a usted.

Había logrado todo su dominio y sentía una secreta satisfacción de haber encontrado esta salida. El hombre, desconcertado, replicaba vehementemente que era un desatino esa respuesta. El era el que no se merecía su hermosura, su juventud, su gracia...

—...pero si usted me quiere, si es cierto que me quiere...

Ella buscaba nuevas respuestas y sus ojos se hacían más luminosos y profundos. Este juego le traía un placer nuevo y ácido.

El hurgaba mañosamente en todos los recovecos de su espíritu, hacía resbalar su pensamiento, como corrían los dedos sobre los botones blancos del bandoneón; hablaba de las delicias de las horas de intimidad, libres de las miradas del mundo, quietos en una espesa niebla de ternura; volvía hacia atrás, renunciaba a gozar esos momentos...

—...y aun cuando usted no quisiese ser mía, le aseguro que no dejaré de quererla por eso;

se lo aseguro, porque comprendo que usted no quiere ser mía, le aseguro que yo seré lo mismo para usted. Y pasarán los años y usted será mi amiguita... una amiga que tuvo sus razones para no darme la felicidad y yo no la odiaré... esté segura...

Lucrecia lo miraba pensando: "Qué hermoso está, mintiendo, porque miente; pero es tan lindo lo que dice, sus ojos tienen una expresión tal de tristeza, su rostro se ha hecho tan noble, que es la verdad misma. Lo besaría, le cubriría la cara de besos, dejando pasear mis labios por su boca, por su mentón, por su frente cargada de dolor. Y no es cierto... no es cierto... sé que representa... está representando; pero tan bien que esta mentira es, acaso, la única realidad que puede darme."

Buscó rápidamente una réplica a tono, que también en él produjera el efecto deseado.

—Yo lo quiero a usted... lo quiero como no he querido a ningún hombre... porque es usted mi primer amor; pero comprendame y no me haga desgraciada. No puedo ser suya. No soy quién para interponerme entre usted y la vida...

Gruesas lágrimas amenazaron lavar el negro de sus pestañas. Estaba contenta de haber podido llegar a expresar con tanta fuerza dramática esta mentira. Era una idea que encontraba ahora para hacer más sabroso el juego.

El había abatido la cabeza y pensaba: "Ya es fácil; ahora viene el consuelo y después el reproche".

—¿Por qué piensa así? No sabe, acaso, que no podré vivir sin su amor... no sabe cuánta felicidad podemos compartir... no malogremos nuestra juventud... sea mía. Prométame que va a ser mía... dígame que sí... no me torture... no me haga sufrir... quiero probarle que la amo tanto que soy capaz de matarme por usted. Déjeme apoyar mi frente en su hombro, besar sus manos...

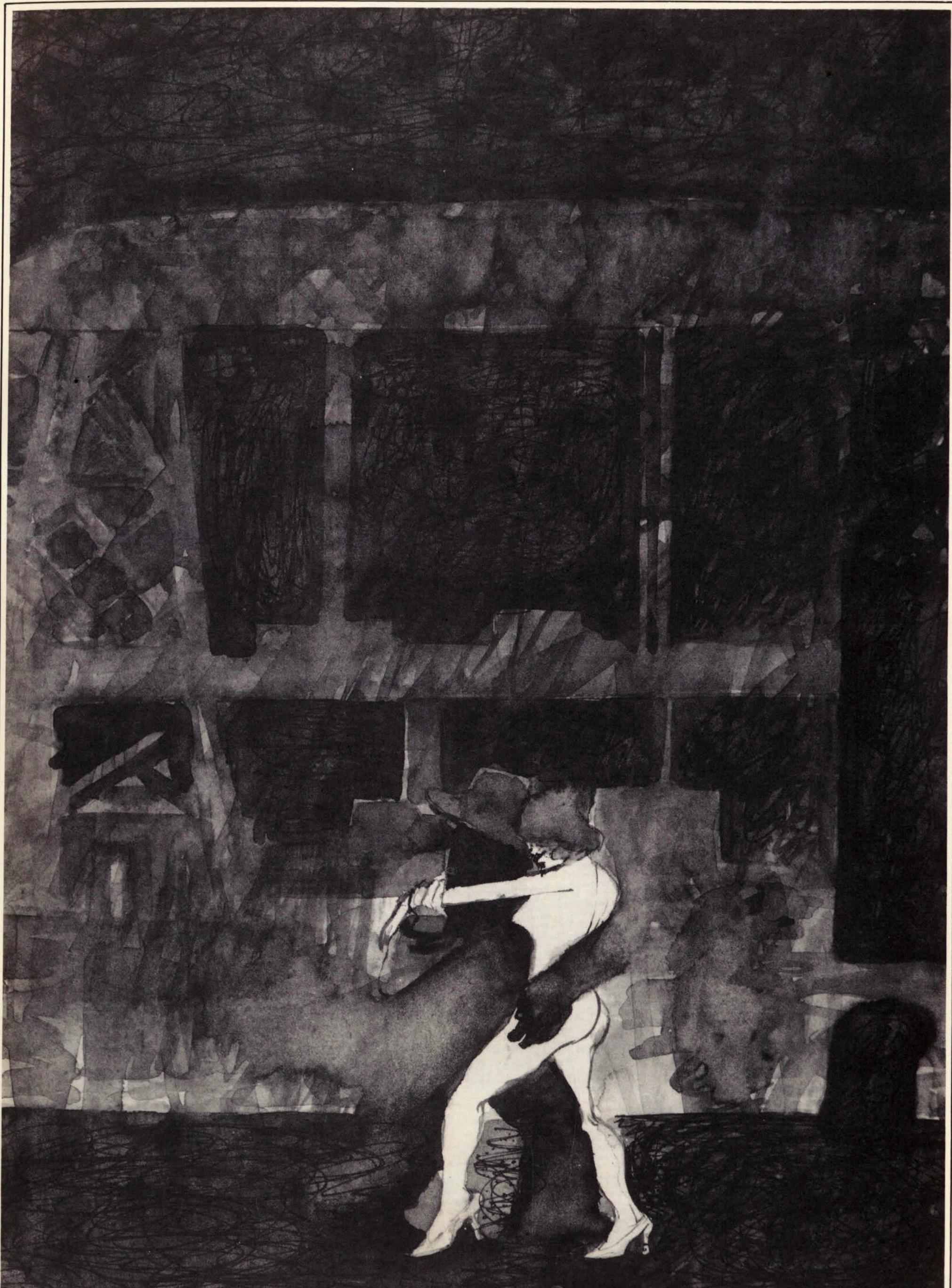
Una deliciosa languidez invadía a Lucrecia. Toda una farsa; pero una farsa tan agradable. El tango llegaba hasta su cuerpo en sucesivas oleadas de voluptuosidad y tristeza. El violinista inclinaba la mejilla contra la caja y acompañaba con el cuerpo el movimiento del arco y en quejas agudas los ojos ardientes de Martínez la subyugaban.

A los compases cortantes se sucedían las líneas sinuosas y el giro amplio, mórbido, y de repente se detenía y caía en una bajo tierno como una palabra de amor dicha con la voz ronca, que fuese creciendo en fuerza y en intensidad hasta llegar al grito, y sin lograrlo, volviese a comenzar de nuevo.

Entonces Lucrecia sintió que los ojos se le enturbiaban, que la garganta se le oprimía y la música se unía ahora a los ojos y la boca de aquel hombre que la miraba ansioso, inclinado sobre la mesita.

La música llegaba como una boca resbalan-

Leonidas Barletta nació el 30 de agosto de 1902 y falleció el 15 de marzo de 1975. Fue cuentista, periodista, novelista y dramaturgo. Integró el Grupo de Boedo, en 1922, fundó el Teatro del Pueblo y cofundó la Sociedad Argentina de Escritores. Su actitud principista le valió ser detenido en varias oportunidades.



do por sus párpados, por sus mejillas, por el contorno de su propia boca, por el filo de su garganta...

Precipitadamente abrió su cartera y sacó un pañuelito. Temblaba. "Sí, quiero ser suya, toda chiquita, en sus brazos como un pajarito. Pero yo..."

Las gentes zumbaban a su alrededor; pero no las veía. El tango subía aún por su cuerpo como un animal viscoso que le diese tibios lametazos.

Pensaba en todo el juego y se sentía desdichada. Mañana de nuevo en la perforadora de contabilidad. Y de noche, repasar los hilos corridos de las medias, sentada en el borde de la cama. Y su madre, sentada junto al fogón, en la cocina de madera.

-Déme siquiera una esperanza.

Los ojos de Lucrecia se detuvieron en las pupilas ardientes del hombre. La música la exasperaba, la oprimía, como macerándole las carnes. Bajó los ojos y pensó más que dijo:

-Sí.

Y añadió: "¡Pobre vieja!"

El bandoneón lanzó un mugido amargo. El tango terminó.

EL TANGO

¿Dónde estarán? pregunta la elegía
De quienes ya no son, como si hubiera
Una región en que el Ayer pudiera
Ser el Hoy, el Aún y el Todavía.

¿Dónde estará (repito) el malevaje
Que fundó en polvorientos callejones
De tierra o en perdidas poblaciones
La secta del cuchillo y del coraje?

¿Dónde estarán aquellos que pasaron,
Dejando a la epopeya un episodio,
Una fábula al tiempo, y que sin odio,
Lucro o pasión de amor se acuchillaron?

Los busco en su leyenda, en la postrera
Brasa que, a modo de una vaga rosa,
Guarda algo de esa chusma valerosa
De los Corrales y de Balvanera.

¿Qué oscuros callejones o qué yermo
Del otro mundo habitará la dura
Sombra de aquel que era una sombra oscura,
Muraña, ese cuchillo de Palermo?

¿Y ese Iberra fatal (de quien los santos
Se apiaden) que en un puente de la vía,
Mató a su hermano el Nato, que debía
Más muertes que él, y así igualó los tantos?

Una mitología de puñales
lentamente se anula en el olvido;

Una canción de gesta se ha perdido
En sórdidas noticias policiales

Hay otra brasa, otra candente rosa
De la ceniza que los guarda enteros;
Ahí están los soberbios cuchilleros
Y el peso de la daga silenciosa.
Aunque la daga hostil o esa otra daga,
El tiempo, los perdieron en el fango,
Hoy, más allá del tiempo y de la aciaga
Muerte, esos muertos viven en el tango.

En la música están, en el cordaje
De la terca guitarra trabajosa,
Que trama en la milonga venturosa
La fiesta y la inocencia del coraje.

Gira en el hueco la amarilla rueda
De caballos y leones, y oigo el eco
De esos tangos de Arolas y de Greco
Que yo he visto bailar en la vereda,

En un instante que hoy emerge aislado,
Sin antes ni después, contra el olvido,
Y que tiene el sabor de lo perdido,
De lo perdido y lo recuperado.

En los acordes hay antiguas cosas:
El otro patio y la entrevista parra.
(Detrás de las paredes recelosas
El Sur guarda un puñal y una guitarra.)

Esa ráfaga, el tango, esa diablura,
Los atareados años desafía;
Hecho de polvo y tiempo, el hombre dura
Menos que la liviana melodía,

Que sólo es tiempo. El tango crea un turbio
Pasado irreal que de algún modo es cierto,
El recuerdo imposible de haber muerto
Peleando, en una esquina del suburbio.

Jorge Luis Borges, *El otro, el mismo*

VILLANCICO

Il sol risplende
Buon vin' si vende
De política non parlate
Prima d'uscire pagate.

(Leído en la vidriera de una cantina de la Boca)

LA CANTINA - TANGO

I
Ha plateado la luna el Riachuelo
y hay un barco que vuelve del mar
como un dulce pedazo de cielo,
con un viejo pedazo de sal.

Golondrina perdida en el viento,
por qué calle remota andará,
con un vaso de alcohol y de miedo
tras el vidrio empañado de un bar.

II

La cantina, llora siempre que te evoca
cuando toca, piano, piano,
su acordeón el italiano...
La cantina,
que es un poco de la vida
donde estabas escondida
tras el hueco de mi mano.

De mi mano
que te llama silenciosa,
mariposa que al volar
me dejó sobre la boca
su salado gusto a mar...

I (bis)

Se ha dormido entre jarcias la luna,
llora un tango su vaso tristón,
y entre un poco de viento y espuma
llega el eco fatal de tu voz...
Tarantela del barco italiano...
Pero siento que lloro, lejano,
tu recuerdo vestido de gris.

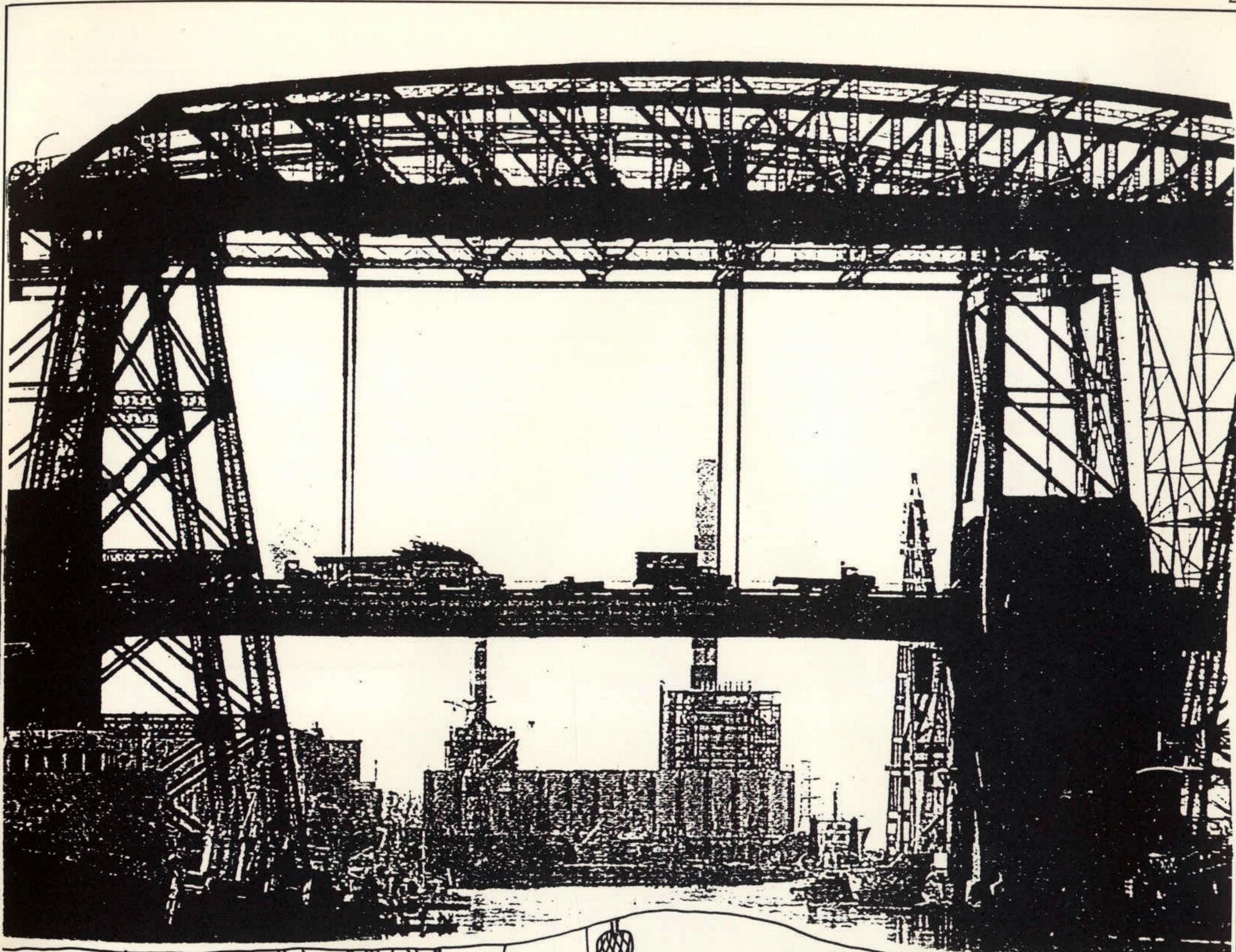
Letra: Cátulo Castillo

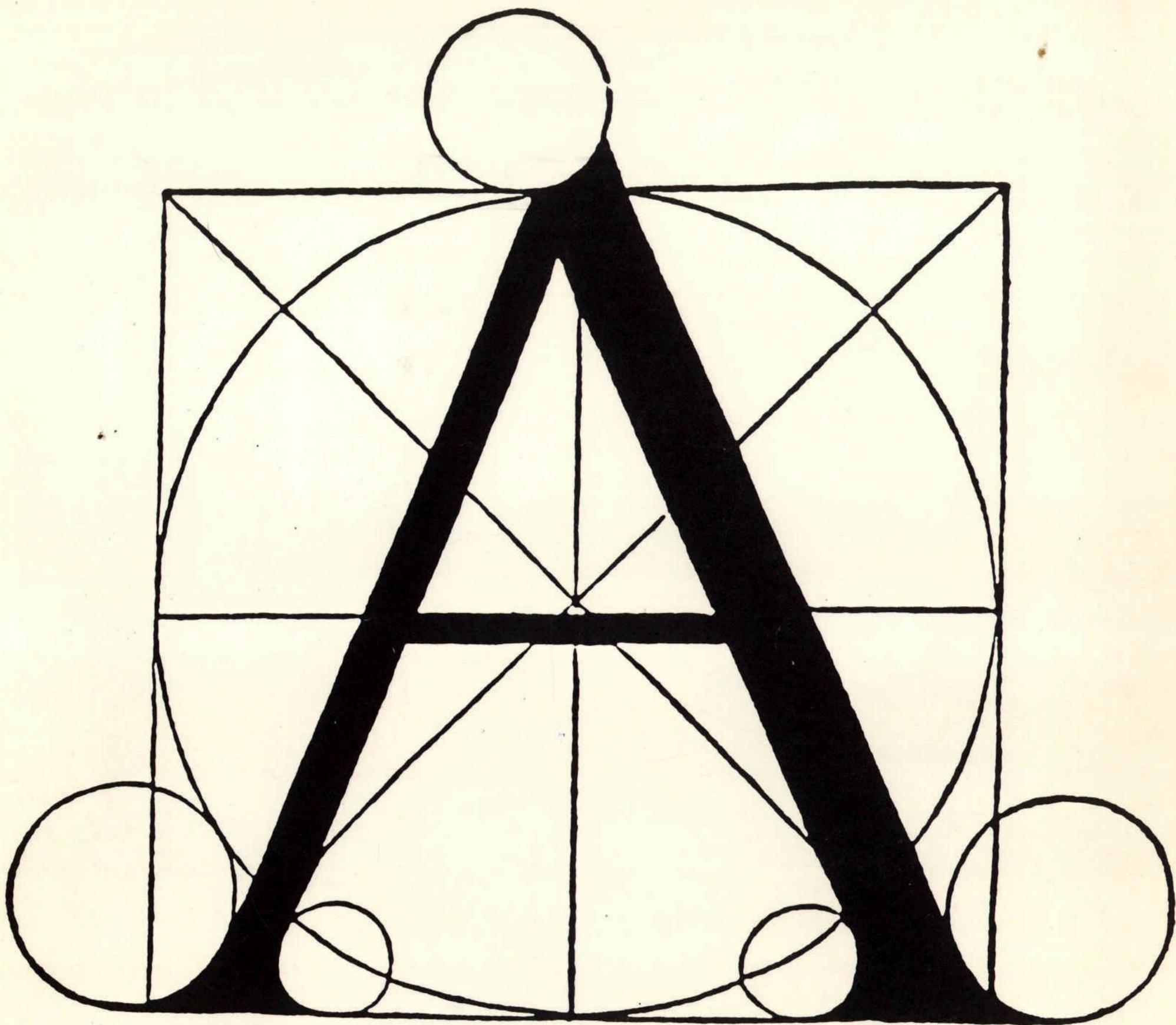
Música: Aníbal Troilo

BAJO LA CRUZ DEL SUR

Carpinteros, cambistas, albañiles, pintores,
la fundición, el ojo sin luz del subterráneo,
las imprentas, la usina, los fondines, las
obras
y ese rumor de aurora que vive en los
mercados;
carbones de Quinquela, de Arato, Facio y
Vigo,
tangos de Filiberto, sollozo y picardía,
"color local", viviendas de lata y esos patios
que le restan al sueño la gracia de la vida.
¡Son tantas cosas, tantas! La dársena, los
muelles, el Riachuelo
que late junto a sucias barracas,
tonerías azules, elevador de granos
y a orilla de los rieles el río de la Plata.
Son los rubios colonos que emparvaron las
mieses,
yerbateros y hacheros de torso rutilante,
esas obrajerías que perfuman la noche
y extienden sobre el río sus espectros
flotantes.
Son nombres del esfuerzo; su apellido es el
mismo.

José Portogalo, *Obras*

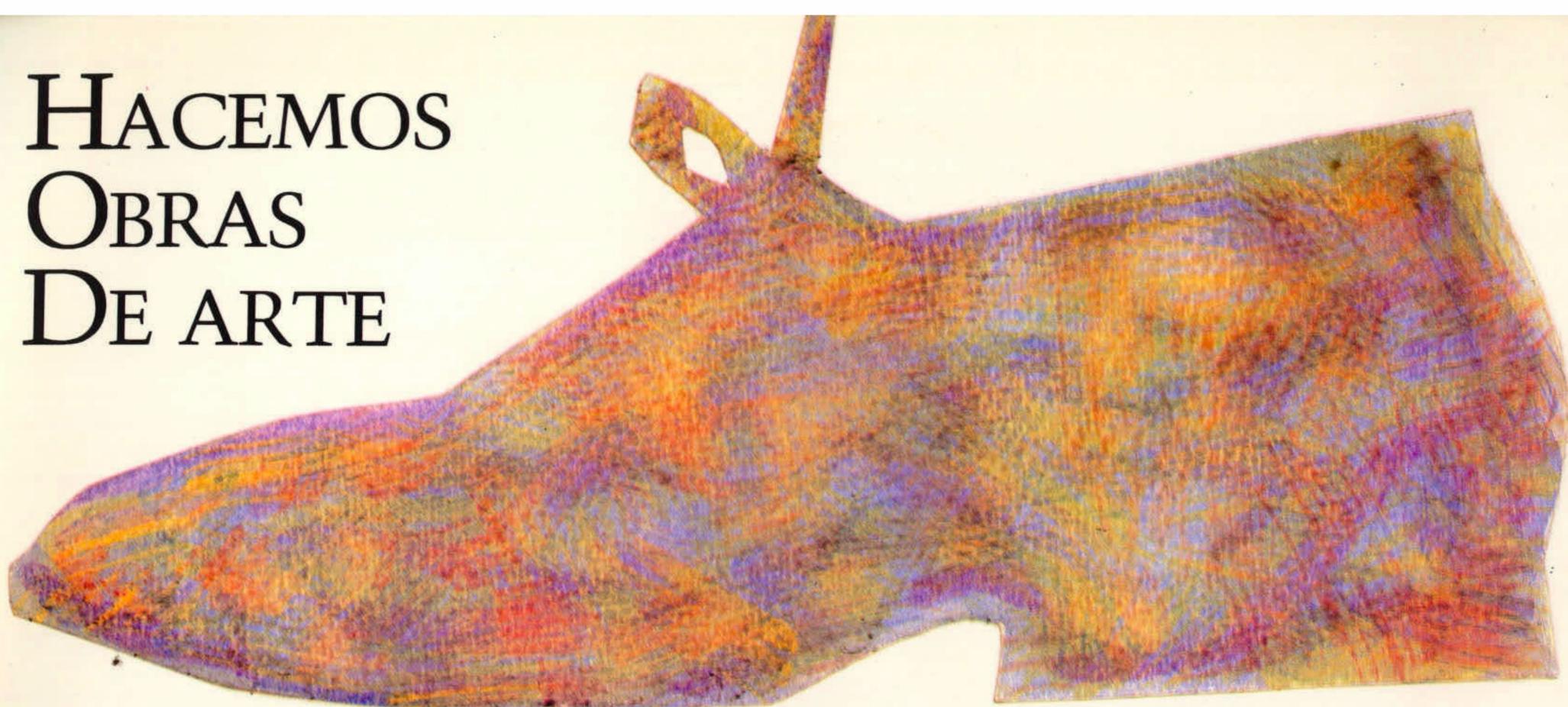




EN EL PRINCIPIO, FUE LA LETRA

*Photo
Lettering
S.A.*

HACEMOS
OBRAS
DE ARTE



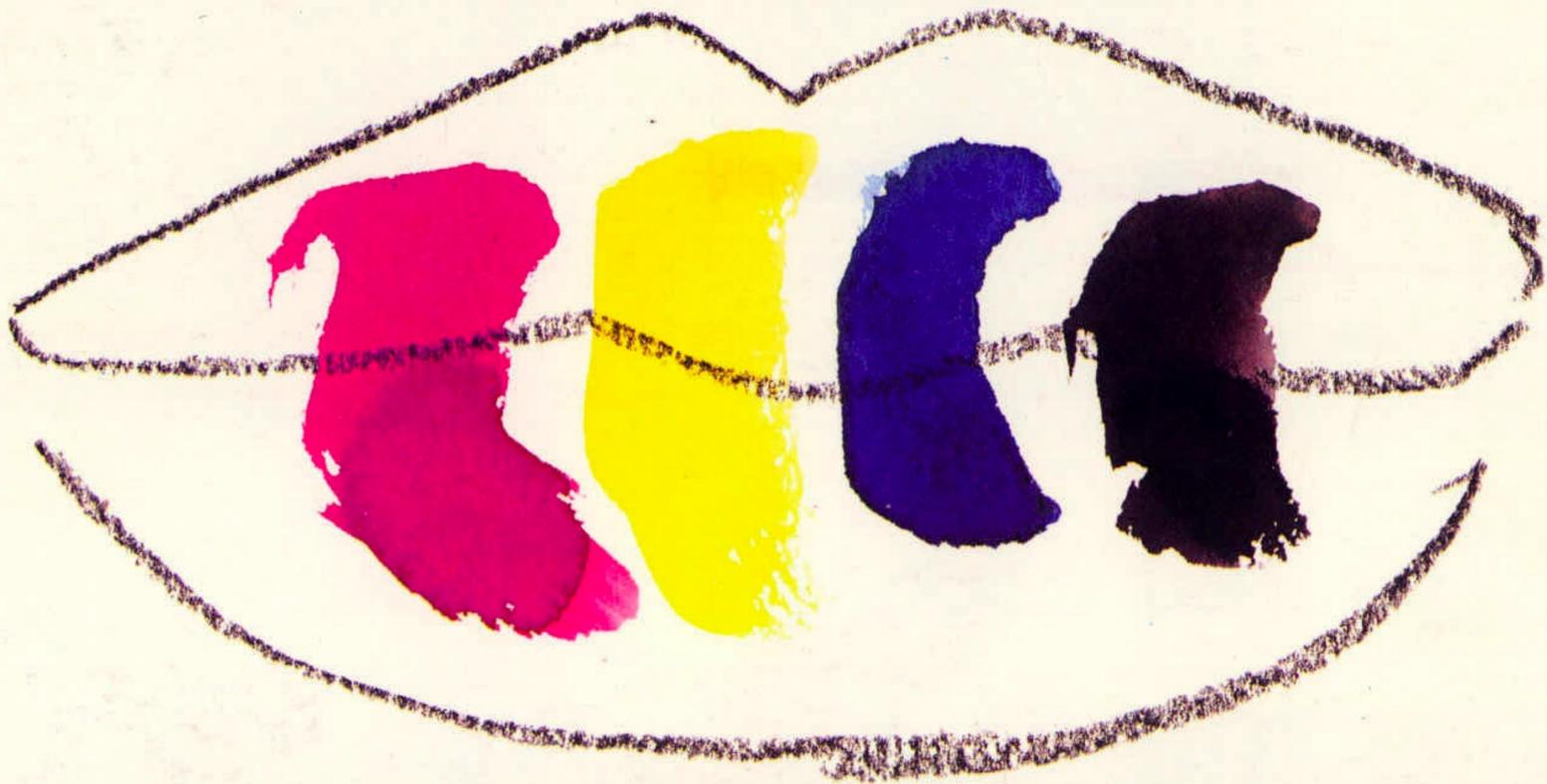
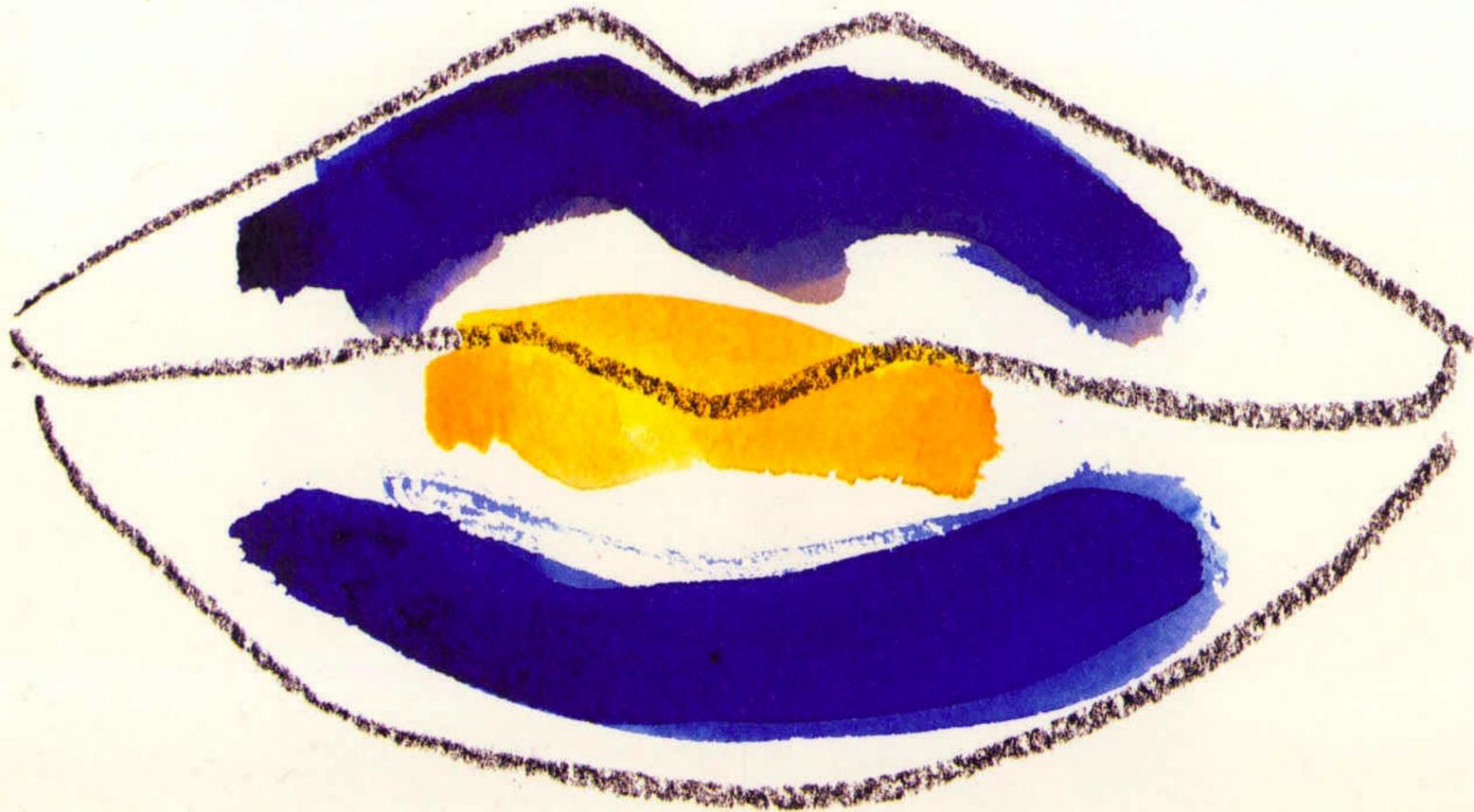
CON
SUS
ZAPATOS.



WASSINGTON



La misma Boca.



Debajo de un azul y un amarillo puede haber otros colores. No se asuste. Lo mismo sucede con un rojo. Nuestra camiseta tiene cuatro colores. Magenta. Cian. Amarillo. Negro. Los imprimimos en su corazón.

ARTES GRAFICAS **ACONCAGUA** S.A.

Cucha Cucha 2351

☎ 582-8351 y 581-8642

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

